

*La carroza de Bolívar: una revisión de la verdad oficial de un mal llamado Libertador**

Hugo Montero-Quintero**

* El presente ensayo fue presentado el 12 de abril de 2013 en Texas A&M University, durante el Congreso Internacional Poesía versus Filosofía. El autor actualmente adelanta estudios de Doctorado en Literatura.

** Fue periodista de Caracol Televisión y *El Tiempo* por doce años. Desde hace más de veinte, estudia la obra de Evelio Rosero. Finalista en varios concursos de cuento, este año obtuvo el primer lugar en el XIV Concurso Nacional de Libros de Cuentos Jorge Gaitán Durán.

Sobre Simón Bolívar, a los ciudadanos de América, primero, y, después, a los demás en todo el mundo, se les vendió una versión oficial, sin más, durante doscientos años. Esta se promocionó como “verdad histórica”, es decir, “verdad única”, no confrontable, no verificable, de texto de estudio en escuelas y universidades, para consumo romántico, de héroes sin mácula, de pósters de Hollywood.

Para asegurar la imagen legendaria de Bolívar, se ofreció un imaginario de poderosos ganadores de batallas, en caballos blancos de paso firme y, si se quiere, para reforzar su gesta, de vidas llenas de sacrificios: de militares que, aunque de carne y hueso, fueron descritos por los historiadores como ejemplos de valentía y dignos de figurar en enciclopedias.

Así, se buscó fijar en nuestros recuerdos al hombre. Ahora, más bien, al hombrecillo, quizá oscuro, si se revisa la historia, la otra, y se la confronta con la oficial.

Puede ser cierto lo que se dice en la novela *La carroza de Bolívar* (Tusquest Editores, México, 2012), del escritor colombiano Evelio Rosero: que lo que se dice de Bolívar no es tan cierto. Hay otra verdad según la cual el venezolano Simón Bolívar, proclamado libertador de cinco repúblicas, no solo no fue dueño de tales logros, sino que se atribuyó como propias victorias que otros generales menos conocidos lograron.

A través de la literatura, se plantea que ese militar, admirado en los libros de historia de estos siglos, y descrito como un hombre atribulado, jamás se reveló como

un pedófilo o como un instigador de la masacre de cuatrocientas personas (léase civiles), que no perdieron la vida en un campo de batalla, un 24 de diciembre de 1822, en lo que se conoce como Navidad Negra.

Así, se plantea que, si bien la historia oficial no lo reseña o no lo cuenta como un hecho de sangre, esta fue ordenada por Bolívar para sofocar una rebelión de una región del sur de Colombia que no negaba del todo su simpatía con la Corona española.

Antes de entrar en varias de las 389 páginas de *La carroza de Bolívar*, es preciso decir que su autor, Evelio Rosero, ha revelado que se basó en la investigación y en el libro del historiador colombiano José Rafael Sañudo: *Estudios sobre la vida de Bolívar*. Desde su posición académica, basado en documentos y en registros oficiales, Sañudo encontró a un ser humano, nunca a un prócer.

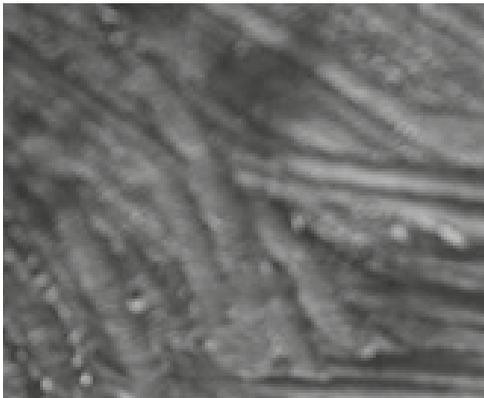
En sus investigaciones, apareció un déspota, un conspirador, un hombre que, dominado por la vanidad, para no perder protagonismo, urdía para eliminar a aquellos de sus generales que pudiera opacar su camino ansiado de figurar en la historia. Eliminar se entiende como asesinar. José Rafael Sañudo en su momento fue señalado de antipatriota y terminó siendo víctima de persecuciones y amenazas de muerte.

La novela (historia)

El escritor colombiano Evelio Rosero ha sido ganador, con su novela *Los ejércitos* (traducida al inglés como *The Armies*)

del Independent Foreign Fiction Prize (2009), en Reino Unido, y del Aba Prize (2011), en Dinamarca.

En *La carroza de Bolívar*, cuenta que, en el sur de Colombia, indignados con las andanzas deshonorosas de este militar, decidieron hacer una carroza de carnaval (para las festividades de blancos y negros)



Puede ser cierto
lo que se dice
en la novela *La
carroza de Bolívar*,
del escritor
colombiano
Evelio Rosero:
que lo que se dice
de Bolívar no es
tan cierto.

donde mostraran al supuesto Libertador de América correteando a doce niñas... La trama, de locura, muerte y celo por correr el manto oscuro que no se muestra del Libertador, narra en sus páginas que tal gloria no existe, que este hombre es un mito, un embaucador.

En las primeras páginas, se lee que el protagonista, el médico Justo Pastor Proceso,

... no se acordaba del mundo desde que resolvió —recién graduado de médico, a los veinticinco años— escribir en sus horas libres la demostrada y auténtica biografía del nunca tan mal llamado Libertador Simón Bolívar. Ya tenía cumplidos cincuenta años y no terminaba la biografía, ¿moriría en el intento?, era imprescindible esa broma ingeniosa que lo amigara con el mundo —y, de paso, lo entusiasmara a culminar La Gran Mentira de Bolívar el mal llamado Libertador—. (Rosero 18)

Así, encontramos los puentes que hace la ficción con la historia, real y distorsionada, pero historia, para pasar a contar, a conformar otra versión. A su vez, desde la literatura, rozando límites, trocando líneas de hechos sucedidos o no, el autor muestra una versión, con claro tono ficcional, pero basado en sucesos consignados en archivos, para combinar en la ficción una realidad histórica que le permite al lector, a voluntad, otorgar al texto una dimensión propia, ya de verdad novelada, ya de ficción histórica.

Esto no es otra cosa que la posibilidad que tiene el lector de acercarse a una

verdad oculta, a unos hechos que incomodan, que pueden leerse desde el universo infinito de la novela y que, así, fortalecen el poder que tiene el novelista para mostrar el carácter político oculto de la invención poética y artística. A través de las novelas, se puede contar lo que la historia dice, pero no se multiplica. La novela es otro multiplicador político de la verdad.

La novela, dividida en tres partes y terminada en julio de 2011, es hasta ahora su primera incursión en la temática de corte histórico, después de una larga carrera de cuarenta años que yo he venido siguiendo desde mediados de los años ochenta. Es revelador que Rosero, nacido en 1958, fue criado en Pasto, ciudad del sur de Colombia, en el departamento de Nariño, donde oyó decir que Simón Bolívar no era como lo pintaban los libros de historia.

Tal premisa lo acompañó más allá de su adolescencia hasta que decidió dar forma a su obsesión por saber sobre la cara oculta de Bolívar y fracasó en intentar escribir una primera versión de un general de su región que, sabiendo del verdadero Bolívar, perdió. Ya, por segunda vez, terco, apoyado en la historia contada por Carlos Marx, Sañudo y otros, dio forma a su novela, para saldar, dice él, una vieja cuenta con sus fantasmas literarios, y también familiares.

Primeros pasos

En la página 59 de la novela, el narrador cuenta que Justo Pastor Proceso, en 1966, “tenía ante él la extraordinaria

posibilidad de mostrar en un soplo de papel maché lo que se había propuesto revelar infructuosamente desde hacía 25 años, cuando empezó a escribir *La gran mentira de Bolívar o el mal llamado Libertador, biografía humana*” (Rosero 59).

Proceso es un ginecólogo que es dueño de dos casas y está casado con Primavera Pinzón, una esposa bonita, que atormenta y es sensual. Tiene dos hijas: una niña y otra adolescente. En su tiempo libre, investiga la historia oscura de Bolívar mientras amigos, autoridades y familia lo menosprecian.

En 1966, el médico, ahora investigador, se propone hacer una carroza del Carnaval de Blancos y Negros en donde denunciará las andanzas de este mal llamado Libertador; que ya había sido denunciado por Carlos Marx, quien, en carta a Federico Engels, lo definió como el “canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque” (Marx a Engels, 14 de febrero de 1858).

Uno de los hechos centrales es sobre el recorrido de Simón Bolívar (de familia mantuana, de la nobleza criolla venezolana) por el sur de Colombia, cuando ordena en Pasto la masacre del 24 de diciembre de 1822. El Carnaval de Blancos y Negros se celebra hasta la primera semana de enero. Son diez días de ambiente de locura amorosa.

En la novela se dice de Sañudo que “se atrevió a descifrar de manera irrefutable la catadura histórica de Bolívar, sin falsas emociones patrioterías, sin depender de la corte exagerada de halagos (ojos ciegos y oídos sordos) que la gran mayoría de

historiadores concede a Bolívar como una tradición desde su muerte” (Rosero 59).

En la página 63, se establece su propósito:

Simón Bolívar tal cual: su extraordinaria capacidad para convencer a sus contemporáneos y de paso a las generaciones venideras (con cartas y proclamas ampulosas, intrigantes, delirantes y tramposas, pompasas y pedantes, ditirámicas, simulacros de Alejandro Magno y Napoleón) de que era alguien que no era, que había hecho lo que no hizo, y pasar a la historia como el héroe que no fue. (Rosero 63)

Bolívar pedófilo

Para el carnaval, se hace, según dispone el ginecólogo, un Simón Bolívar en carromato, con corona de laurel, sentado en cojín de terciopelo, “y del carro tirarán doce niñas, dije niñas no muchachas, con guirnaldas en el pelo y breves túnicas, como ninfas. Así le gustaba a Bolívar” (Rosero 66).

Proceso propone una carroza para dibujar un Bolívar que no se tomaría en serio, pues, desde la juerga. Pensaría algunas veces que sería mejor no tomarse en serio las cosas.

Proceso, desde la máscara, armado con una carroza, grita que Bolívar era mentira y esto genera resistencia. Así, sin creer, enfrenta a incrédulos cuando muestra su proyecto de carroza con un Bolívar en lo más alto.

Al exponer sus intenciones, enfrenta las miradas recelosas de quienes escuchan,

pero se muestran reacios a desprenderse de la idea que tienen del Simón Bolívar de sus recuerdos. Incluso, dudan de si está hablando de otro. “—¿De qué Simón Bolívar habla? —... ¿El mismo de la independencia?, le pregunta el que deberá trabajar en la idea que tiene el doctor. El mismo, le responde el doctor Proceso” (Rosero 66).

En este devenir de la novela, como en la historia, que une ficción y realidad, encontramos que la trama acerca la mirada al año 1966, al Carnaval de Blancos y Negros, cuyos orígenes se remontan a comienzos del siglo XIX (a 1834).

De lleno en la fiesta, en la farsa, nadie se reconoce, tal como lo experimenta el doctor Proceso. Aquí es útil el análisis de Mijail Bajtin: “No se mira el carnaval y, para ser más exactos, habría que decir que ni siquiera se lo representa, sino que se lo vive, se está plegado a sus leyes mientras estas tienen curso y se lleva así una existencia de carnaval” (Bajtin 312).

Proceso no solo debe anunciar altas sumas de dinero para que le mejoren la carroza, sino que también reúne a autoridades políticas, religiosas y militares buscando consenso. Comprueba que incluso la guerrilla se interesa en la carroza y que puede suscitar ideas no tan deseadas entre la población. Así, Proceso comprueba que, a pesar de la aparente juerga, hay quienes, al ver menoscabada su imagen de Bolívar, reaccionan a la defensiva.

Bajtin señala cómo en el carnaval, aunque se podría creer que se vive la vida sin reglas, algunos nunca se descuidan de vivir alerta; y eso aunque el carnaval sea

asumido como tregua y no constituya amenazas aparentes para lo establecido en la vida y aunque esta “se sitúa por fuera de los carriles habituales, es una especie de ‘vida al revés’” (Bajtín 312).

Se ve que, al ser el carnaval y las carrozas una vía al divertimento, la carroza donde se mostrará al mal llamado libertador no representa una verdad que no se conoce, sino una que no se quiere divulgar, con el argumento, no siempre fundamentado, de que no es verdad lo que se dice de Simón Bolívar, aunque se demuestre que lo dicho está basado en documentos de historiadores oficiales que, en su momento, no fueron desmentidos, pero sí perseguidos por su intención de dar claridad sobre una figura pública, una figura de la historia de América.

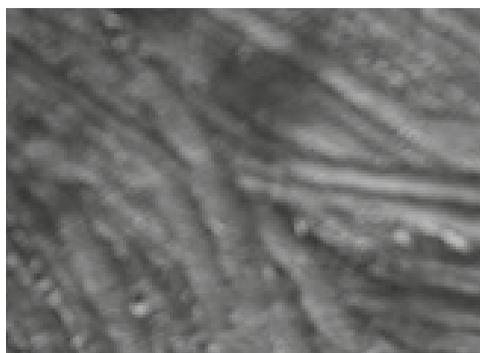
Y es quizá este elemento, el de verdad, carnaval y mentira, lo que le da sentido trágico a la vida, y a la historia de la humanidad, así como fuerza a esta novela, pues duele que, en lo que respecta a la Navidad Negra, en la que murieron más de cuatrocientas personas y en la que Bolívar está inmiscuido, pese más la artimaña para ocultarla.

Sin duda, esta verdad daña la fiesta. ¿Será eso lo que hace igualmente atractiva la hermosa conjunción de verdad y locura? Es decir, de la mirada real sobre la vida, que no es tan seria en corrección y que, si no nos hacemos los olvidadizos, a cada tanto nos dice que ya hace rato estamos en el fondo.

Así, un viajero, a través de los libros, nos hace ver, como lo hace el Quijote o Dostoievsky, citado por Bajtín, lo

siguiente: “No hay en el mundo entero obra más profunda ni más fuerte. Es hasta ahora la última palabra, la más sublime del pensamiento humano, es la ironía más amarga que haya podido expresar un mortal”.

Y, sí, claro que la ironía, como el carnaval, no acaban. Sobre tantos muertos, sobre tantas mentiras, se construyó el mito de un hombre que no libertó, sino que sometió niñas de doce años, masacró poblaciones, usurpó glorias y que,



Proceso propone
una carroza para
dibujar un Bolívar
que no se tomaría
en serio, pues,
desde la juerga,
pensaría algunas
veces que sería
mejor no tomarse
en serio las cosas.

además, tampoco “sufrió una herida, ni una sola en su vida de guerrero, siempre supo esconderse, nunca mostró la cara” (Rosero 70).

Usurpando victorias

... celebraban ahora la entrada de Bolívar, recibéndolo como a un héroe por lograr victorias que no eran de él —los héroes auténticos de las primeras jornadas habían sido Piar, Mariño y Girardot—, ‘las victorias’ de Bolívar solo fueron escaramuzas, pero los pueblos a su paso engrosaban exaltados sus filas y Bolívar aprovechó y entró a Caracas y él mismo se llamó a sí mismo *Libertador*. (Rosero 67)

Unas líneas después, quizá con el peso de la historia, de la verdad, Proceso expresa lo que medita: “cómo le dieron crédito, cómo logró imponer su mentira. A qué culpar de esto, ¿a la ignorancia?” (Rosero 68).

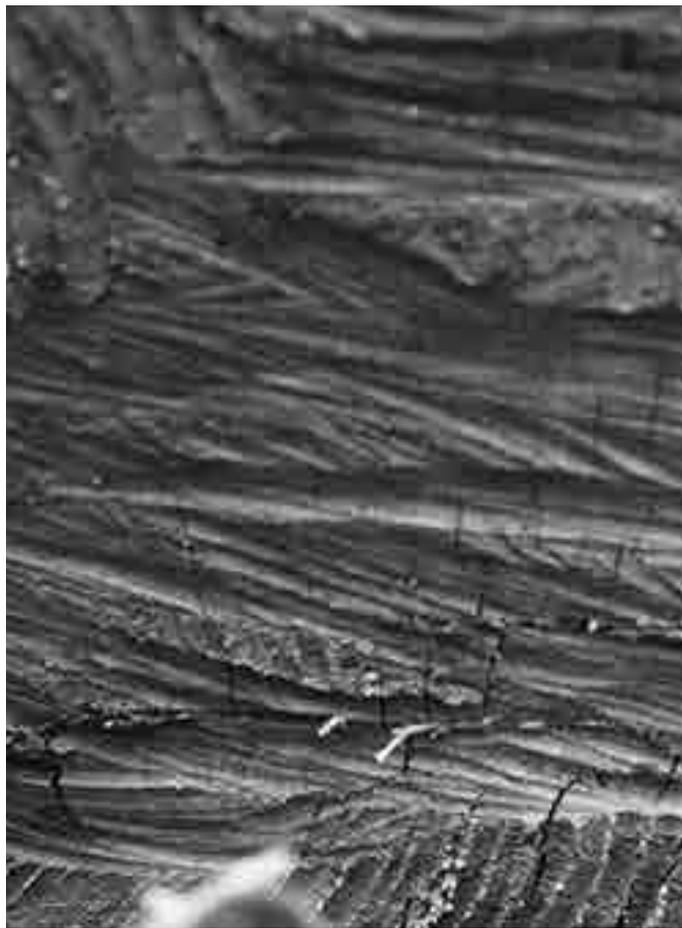
En ese sentido, en la segunda parte, Rosero describe a un militar embustero y frágil:

... no ha existido en toda la historia de generales y comandantes y otros jefes del mundo más grande envanecido de sí mismo que el mal llamado Libertador. Toda su vida de guerrero al revés, más que enfrentar batallas y ordenar los desórdenes de la República se dedicó a prolongar la guerra, a estorbar por capricho el incipiente progreso de los países y a despilfarrar el erario en manos de militares embrutecidos. (Rosero 203)

Así, muestra cómo lo hizo: “Se dedicó a dictar cartas por decenas y centenas y por miles, a lomos de su caballo o de su hamaca, enviando a diestra y siniestra versiones de gloria propia que nunca fueron reales...” (Rosero 203).

Y, aquí, Rosero ya vislumbra aquello de lo que aún no nos libramos y que, al parecer, ya se padecía, como si se tratara de una plaga:

Fue el auténtico pionero de la publicidad política contemporánea, a partir de una única agencia: él en su caballo dictando folletines de grandiosidad a sus amanuenses, que



debían ser relevados, extenuados de la epopeya interminable que el héroe inventado dictaba de sí mismo. (Rosero 204)

Batalla en Pasto

A propósito del plan de Bolívar de eliminar a sus oponentes, o al que fuera objeto de su odio, por oponerse a sus planes, su secretario, Demarquet, dice: “Su excelencia piensa operar según todas las reglas que proviene el arte de la guerra. [...] La intención de su excelencia es batir a los pastusos en campo abierto y lejos de Pasto para que no pueda volver un solo” (Rosero 229).

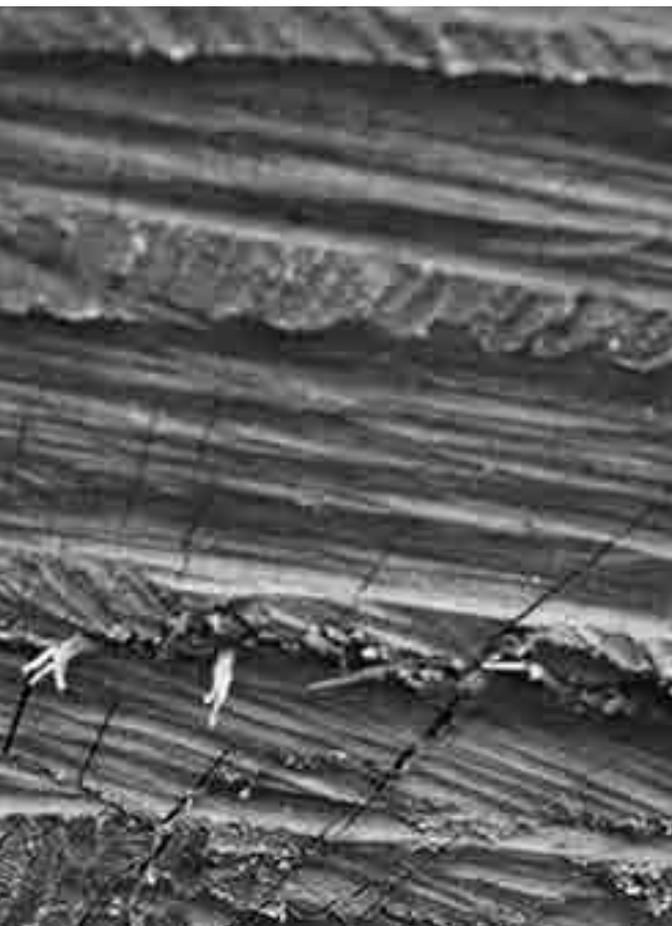
A tal fin, para comprar conciencias, “ofreció premiar con 10 mil pesos al cuerpo que los rompiera primero [...]. En Ibarra, sin armas, sin logística, cuando descansaban, los pastusos fueron sorprendidos por un ataque de caballería demoleedor” (Rosero 229).

Bolívar, sabiendo de la muerte de más de quinientos guerreros de Pasto y tan solo ocho republicanos, no suspendió las acciones, ni fue indulgente con su victoria y fiel a su conocida cobardía, cabalgó a rematar a punta de disparos a hombres desarmados, aleccionando a sus lanceros para que atravesaran cuerpos y más cuerpos sin clemencia, hasta que la noche llegó [...], según parte oficial. A los heridos pastusos no se les dio cuartel; se los remató. Los cadáveres no fueron enterrados como manda la más elemental razón humana: Bolívar hizo una pira con ellos. (Rosero 230)

Las niñas

Casi como trofeo de guerra, como pago de su paso por las tierras que no libertó, Rosero, basado en Sañudo, escribe sobre la predilección sexual de Bolívar por las niñas de doce años:

No era infrecuente que los mismos soldados presentaran estas ofrendas a Bolívar, o lo hacían por intermedio de los oficiales [...], todos sabían de la más urgente necesidad de su Excelencia. Bolívar no necesitaba verla para encontrarla: al Libertador le llevaban las piezas de caza, y elegía. (Rosero 235)



El Bolívar de Marx

Consideró a Bolívar como leyenda popular: “la fuerza creadora de los mitos, característica de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo más notable de este tipo es, sin duda, el de Simón Bolívar”.

En la introducción del año 2001 de su texto *El Simón Bolívar de Carlos Marx*, José Arico dice que fue por azar como Marx debió redactar un artículo sobre Bolívar. En 1857, Charles Dana, director del *New York Daily Tribune*, realizaba una serie sobre temas de historia militar, biografías y otros varios en la *New American Cyclopaedia* que estaba preparando.

Marx se dividió el trabajo con Engels y, así, debió redactar el de Bolívar. Al investigar sobre Bolívar, no ocultó su animadversión, lo que llamó la atención de Dana, quien le dijo que ese tono se escapaba del tratamiento imparcial que debe tener una enciclopedia.

Marx, entonces, en carta a Engels (14 de febrero de 1858), admitió ver en Bolívar a un dictador bonapartista, aunque “habría sido pasarse de la raya querer presentar como Napoleón I al canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque”. (Este fue un emperador haitiano del que Marx y Engels se valen para comparar con la ridiculización que hacen de Luis Napoléon III).

Y, pensando en postulados marxistas con estructuralismo, según Sklodowska (25-61), la novela es “un acto simbólico

que pretende resolver las contradicciones ideológicas de la realidad en el espacio ficticio del texto e, inexorablemente, está marcada por silencios, incoherencias y fisuras que delatan la conflictividad del referente sociohistórico”.

Barthes (citado por Sklodowska 27) ve al discurso histórico decimonónico así: “el hecho solo puede existir lingüísticamente como término en un discurso; sin embargo, lo aceptamos como si fuera la mera reproducción de [...] una realidad”. El discurso histórico es el único que pretende alcanzar un referente, afuera, al que de hecho nunca puede llegar.

Para Fernando Aínsa, la obra del novelista, aunque parezca un juego, no es sino un penoso esfuerzo individual por inventar un mundo de punta a punta. Las dosis de imaginación, originalidad y experimentación tienen que ser, lógicamente, mucho mayores.

Finalmente es Carlos Fuentes quien se refiere a las heridas, a la verdad que acomete la “historia” llamada oficial. “El arte da vida a lo que la historia ha asesinado. El arte da voz a lo que la historia ha negado, silenciado o perseguido. El arte rescata la verdad de las mentiras de la historia” (11).

Reflexionando sobre el mal, es decir, ya instalados en la naturaleza de ambición, y desprendiéndonos de un hombre valeroso que luce mezquino y que hará cualquier cosa primero para satisfacer sus intereses antes que los de los demás, es George Bataille, en su libro *La literatura y el mal*, quien arroja luces para intentar entender a Bolívar y su comportamiento:

El resorte de la actividad humana es, por lo general, el deseo de alcanzar el punto más alejado posible del terreno fúnebre (que se caracteriza por lo podrido, lo sucio, lo impuro): por todas partes borramos las huellas, los signos, los símbolos de la muerte, a costa de incesantes esfuerzos. Llegamos a borrar incluso, si es posible, las huellas y los signos de esos esfuerzos. Nuestro deseo de elevarnos, de esa fuerza que nos dirige hacia las antipodas de la muerte. (Bataille 99)

Ficción y realidad, puente

Ya instalados en la propuesta de Rosero, al mirar la historia sin ojo confiado u oído dormido, entonces nos buscamos la otra versión, o mejor, una versión menos manipulada que la mayor difundida. A tal fin, el escritor argentino Juan José Saer, en *Concepto de ficción*, sostiene que el desafío de la ficción radica en edificar una verdad alterna:

No se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores

que exige el tratamiento de la ‘verdad’, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la verdad, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. (Saer 3)

La crítica: parteaguas

Algunos críticos consideran que le sobran al menos 150 páginas, en un descuido de edición. Esto sorprende si se tiene en cuenta que siempre se dice que Rosero es lo más cuidadoso en el lenguaje y, quizá, de los escritores menos mediáticos de Colombia. El *Time Out New York*, en su momento, dijo: “Con su literatura parece destinado a suceder a García Márquez como el novelista más importante de Colombia”.

Tiene ocho novelas, una obra de teatro, cuatro relatos infantiles y un libro de poesía.

Premios: el Tusquest, el Aloa, el Independent Foreign Fiction Prize. ■

Bibliografía

- Ainsa, Fernando. *Nueva novela histórica*. Casa de las Américas, 1996.
- Bajtín Mijail. “Carnaval y literatura”. *Revista de la Cultura de Occidente*, 23.129, 1971.
- Bataille, George. *La literatura y el mal*. 2000.
- Fuentes, Carlos. *Cervantes o la crítica de la lectura*. México, 1976.
- Marx, Karl. “Carta de Marx a Engels”. Londres, 14 de febrero de 1858.
- Rosero, Evelio. *La carroza de Bolívar*. México: Tusquest Editores, 2012.
- Saer, Juan José. *El concepto de ficción*. Argentina: Espasa-Calpe, Ariel, 1997.
- Sklodowska, Elzbieta. *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*. 1991.